



PEREZ LUGIN

FAMIGA DEL REY  
LAS TIPLES  
ROMANONES  
LA VICARIA

PQ6629

.E67

A4

R. C.



1020027935



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS



FONDO  
RICARDO CORTABIAS

LA AMIGA DEL REY,  
LAS TIPLES, ROMANONES,  
LA VICARIA... ==

OBRAS DE ALEJANDRO PÉREZ LUGÍN

- EL TORERO ARTISTA (El libro de Gallito).  
DE TITTA RUFO A LA FONS PASANDO POR MACHAQUITO (2.ª edición).  
¡¡¡KI-KI-RI-KI!!! (Los Gallos, sus rivales y su prensa).  
LA CASA DE LA TROYA (5.ª edición).  
LA AMIGA DEL REY, LAS TIPLES, ROMANONES, LA VICARÍA... (Notas de un reporter.)

EN PRENSA

LA CORREDOIRA Y LA RUA (Crónicas gallegas.)

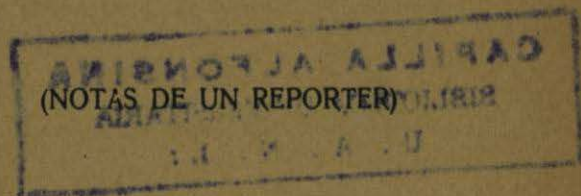
EN PREPARACIÓN

- ARMINDA MOSCOSO. (Novela.)  
EL ESTORBO. (Novela.)  
LA MEDIA NARANJA. (Novela.)  
CURRO DE LA CRUZ, «MAJITO». (Novela.)

ALEJANDRO PÉREZ LUGÍN



LA AMIGA DEL REY,  
LAS TIPLES, ROMANONES,  
LA VICARÍA...



100074

MADRID

LIBRERÍA DE LA VIUDA DE PUEYO

CALLE DEL ARENAL, NÚM. 6.

1917

33744



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

P000029  
E67  
A4

---

ES PROPIEDAD

Queda hecho el depósito  
que marca la ley.

---

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

---

Imprenta Melénica.—Pasaje de la Alhambra, núm. 3, Madrid.

DEDICATORIA

(PÁGINA ÍNTIMA)

143  
P.L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS



## A D. MIGUEL MOYA

De usted para mí.

Esta dedicatoria no es adulación ni memorial. Aquélla no se hizo para mi altivez, que nunca supo andar por caminos tortuosos y subterráneos. Antes moro. Tampoco tengo nada que solicitar de usted, que, sin yo pedirlo, me ha dado cuanto un periodista de mis modestas aspiraciones puede desear. Esta dedicatoria es sólo un sincero y efusivo testimonio de admiración, de cariño y de gratitud.

Y es, también, sobre todo, una restitución, porque estas crónicas e informaciones reporteriles que ahora, tal vez puerilmente, por disculpable amor de padre, se coleccionan, y no por selección, cediendo de buen grado a la cariñosa y apremiante solicitud de mi editor y buen amigo Alejandro Pueyo, han sido, como todas las demás cuartillas con que en mi vida periodística he dado trabajo a los cajistas y acaso enojo a los lectores, escritas para D. Miguel Moya.

Quien más, cual menos, contados son los perio-



distas que no escriben o han escrito para este autorizado lector. Sin molestia, menosprecio, desdén ni desconsideración para nadie, puede asegurarse que, especialmente durante los primeros años de periodista, esos años de noviciado tan llenos de deslumbrantes novedades e ilusiones, que son los mejores, o acaso los únicos buenos de la profesión, todos hemos escrito pensando en D. Miguel Moya y en los periódicos del *trust, desideratum* de nuestras aspiraciones.

En mí ha habido más, y es que quien, sin saberlo, me empujó resueltamente a esta noble profesión, fué usted.

Aunque al lector no le interese, me es grato recordar en esta página de expansión íntima, que puede pasar por alto, y hará muy bien, este, para mí, transcendental suceso.

Fué por los días de la vista de la causa de Cecilia Aznar. Hacia yo, desde muy poco antes, la crónica de Tribunales en *El Correo*, de imperecedera, gratísima memoria, y una tarde, en la sala de togas del Colegio de Abogados, mientras nos preparábamos para asistir a la sesión del día, Santiago Arimón, el cronista jurídico de *El Liberal*, me regaló con estas palabras:

—Anoche me preguntó en la Redacción, don Miguel Moya: «—¿Quién hace los Tribunales en *El Co-*

*reo?*» «—Un abogado que se llama Pérez Lugín»— le respondí.

Añadió Arimón que usted dijo de mí cosas que me impresionaron honda y decisivamente, y que, aunque las recuerdo con satisfacción y orgullo, un natural y pudoroso miramiento de delicadeza me veda repetirlas aquí. Yo no había pensado nunca en ser periodista, aunque allá en mis años casi infantiles hice pinitos de tal en Santiago de Galicia, en un famoso periódico de Vázquez Mella, que era entonces Juanito Mella Fanjul; yo me había agarrado a la crónica de Tribunales, buscando, como otros compañeros, un modo lícito de aumentar mi modesto bufete, muy concurrido de *criminales*, que, paradójicamente, sólo dan honra, pero apenas visitado por pleiteantes ricos que son los que dejan el provecho. Los halagüeños juicios de usted me hicieron pensar y recordar, me descubrieron una gran inclinación, que, desconfiadamente, no me atreviera hasta entonces a cultivar, hacia el periodismo, y desde aquella tarde feliz cambió el rumbo de mi vida: vi ante mí un nuevo y sugestivo horizonte, que resultó luego tan de mi agrado, que, al fin, hube de colgar sin pena la honrosa toga para abrazarme a la honrada y honrosa pluma de periodista, firmemente decidido a no ser otra cosa... Y aquí estoy.

Y no me pesa..., aunque, como todo el mundo, he

recogido abundante cosecha de desengaños e ingratitudes, donde yo había sembrado adhesión, lealtad, afecto, laboriosidad y entusiasmo. Si llego a sembrar vientos, ¿cuáles hubieran sido las tempestades de mi recolección?... Aunque a lo mejor... ¿quién sabe?

El caso es que desde aquel día, yo escribí siempre «para Moya», aunque nunca hasta ahora, cuando la malicia no puede ya interpretar torcidamente mis palabras, se lo haya dicho a usted.

Y escribiendo para usted sigo, menos por obedecer a una costumbre de tantos años, que al vivo y profundo sentimiento de gratitud y afecto, que sus muchas atenciones y la amable benevolencia con que me ha juzgado siempre, arraigaron en mí.

Va, pues, esta recopilación de cuartillas periodísticas a quien debe ir por fuero de respeto, de autoridad y de cariño, y va limpia de todo sentimiento egoísta y mezquino. Dispénseme usted el honor de aceptarla.

Un apretón de manos, don Miguel..., o, si usted lo permite, mejor, un abrazo.

ALEJANDRO PÉREZ LUGÍN.



## La amiga del Rey.

DOS CONSPIRADORAS

I

Ello fué hace años, ¡unos pocos años!

No iba pasada media docena de días desde que se posesionara del trono el nuevo Monarca, traído de extranjeras tierras al reino de la constante revuelta, transformado al correr de los años en el de la perenne mansedumbre, cuando una mañana detúvose a la puerta de uno de los principales hoteles de la capital un ómnibus, cuya baca amenazaba hundirse con el peso de algunos grandes baúles, otras cuantas no pequeñas maletas y una regular colección de sombrereras de distintos tamaños.

Los desocupados, que entonces, como ahora, arreglaban el país mientras paseaban por la plaza, dieron un momento de mano a sus planes de gobierno y detuviéronse para admirar la soberana hermosura de la dama que, envuelta en amplio abrigo de viaje, descendió del coche.